

TODOS SOMOS UNO

LOS ARTÍCULOS DE LEOPOLDO ÁVILA

COMPILACIÓN E INTRODUCCIÓN DE

DUANEL DÍAZ INFANTE



Edición: Duanel Díaz Infante

© Logotipo de la editorial: Umberto Peña

© Ilustración de cubierta: “Marina de Guerra
Revolucionaria”, Revista Verde Olivo

Compilación e introducción © Duanel Díaz Infante, 2021

Sobre la presente edición: © Casa Vacía, 2021

www.editorialcasavacia.com

[casavacia16@gmail.com](mailto:cavacia16@gmail.com)

Richmond, Virginia

Impreso en USA

© Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones que establece la ley, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del autor o de la editorial, la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias o distribución en Internet.

A MODO DE INTRODUCCIÓN

¿Quién es Leopoldo Ávila? O, más bien, ¿quién era, quién fue, Leopoldo Ávila? El principal sospechoso, Luis Pavón, murió hace algunos años; el otro, José Antonio Portuondo, lleva más de dos décadas muerto. Aunque la reseña de *El sueño eterno* que el terrible seudónimo publicó en enero del 69 apunta en dirección a Portuondo, que era un gran conocedor del policial norteamericano¹, habría que considerar dos puntos en contra de la hipótesis de su autoría. Primero, Portuondo no era demasiado confrontacional. La diferencia entre las dos ediciones de su *Bosquejo histórico de las letras cubanas* es reveladora al respecto: la primera, de 1960, culmina con una crítica explícita de *Lunes de Revolución*, cuyo grupo es tachado de francotirador, iconoclasta e individualista.² En la segunda, publicada

¹ José Antonio Portuondo, “En torno a la novela detectivesca”, ensayo escrito en 1946, posteriormente recogido en *Astrolabio, Arte y Literatura*, La Habana, 1973.

² *Lunes* “refleja en sus páginas la explicable confusión de algunos jóvenes en el estreno de su plena libertad de expresión, empeñados unos en hacer de fórmulas surrealistas o abstraccionistas –simples caminos de evasión de vieja raigambre reaccionaria– imposibles instrumentos estéticos del nuevo espíritu revolucionario; enfascados otros en minúsculas disputas literarias sin trascendencia ninguna.” (José Antonio Portuondo,

en 1962, esta crítica ya no se encuentra: desaparecido *Lunes*, Portuondo decidió no insistir en la polémica entre los marxistas ortodoxos de *Hoy* y los “rebeldes” de *Revolución*.³

El otro punto es la vinculación personal de Portuondo con dos de los escritores anatematizados por Leopoldo Ávila: Virgilio Piñera y Lino Novás Calvo. La serie de artículos que a fines del 68 aterrorizó a los escritores cubanos no comienza con “Las respuestas de Caín” (3 de noviembre de 1968), el primero de los recopilados por Lourdes Casal en su libro sobre el caso Padilla⁴, sino con una demoledora reseña de *Dos viejos pánicos* publicada la semana anterior. Justo una obra de Piñera, quien en su primera lectura pública de poesía había sido presentado por Portuondo, cuando ambos eran compañeros de clase en la Facultad de

Bosquejo histórico de las letras cubanas, Ministerio de Educación, Dirección General de Cultura, La Habana, 1960, p.70.)

³ Sin dejar de señalar su “violencia anárquica” y su insistencia “en la faena destructiva y acerbamente crítica, antes que en la constructiva y organizadora”, Portuondo reconoció que la revista dirigida por Cabrera Infante constitúa “la publicación más representativa del período inicial de la Revolución en el terreno estético.” Es evidente que el hecho de haberse escrito este capítulo después del cierre de *Lunes*, dando por superada aquella etapa de comprensibles tropiezos y desorientaciones, explica el cambio en el tono de Portuondo, quien afirma en su conclusión: “Los integrantes de las diversas generaciones literarias que coexisten en la isla, superadas todas sus discrepancias ideológicas o estéticas, unen sus esfuerzos en la tarea común de crear una nueva expresión literaria en la patria renacida[...].” (*Bosquejo histórico de las letras cubanas*, segunda edición aumentada, Editora del Ministerio de Educación, 1962, pp.76, 79.)

⁴ Lourdes Casal, *El caso Padilla. Literatura y revolución en Cuba. Documentos*, Nueva Atlántida, Nueva York, 1971.

Filosofía y Letras, en el lejano año de 1938.⁵ Mucho más estrecha fue la relación con Novás Calvo, que fue cercano amigo de Portuondo hasta que partió al exilio en 1960.⁶ Pues bien, Ávila se refiere directamente a él como “gusano” en uno de sus artículos (“Levantarle aquí monumentos a un gusano como Lino Novás Calvo [...] sería peregrino”), y, sin mencionarlo, lo alude en otro cuando critica la tendencia a copiar los modelos norteamericanos que tendrían algunos narradores cubanos.

Portuondo, desde luego, pudo haber aprovechado el seudonimato para despotricar a sus anchas contra su viejo amigo exiliado y aquel conocido suyo que a pesar de su inicial adhesión a la revolución no terminaba de ser auténticamente revolucionario. Pudo haber retomado el espíritu polémico de la primera edición del *Bosquejo histórico*, al ver que a fines de los sesenta aquellas actitudes vanguardistas asociadas a *Ciclón* y *Lunes de Revolución* parecían extenderse por el campo literario cubano. Pero me inclino a creer que que no,

⁵ José Antonio Portuondo, “El toro de Falaris. El poeta en su universo, apisionado” (palabras en la presentación del poeta Virgilio Piñera, leidas el 27 de septiembre de 1938), en *Lyceum*, La Habana, septiembre-diciembre, 1938.

⁶ Las cartas de Novás Calvo a Portuondo pueden leerse en *Cuestiones privadas. Correspondencia a José Antonio Portuondo*, selección y notas de Cira Romero y Marcia Castillo, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2002. Y en *Laberinto de fuego. Epistolario de Lino Novás Calvo*, recopilación y notas de Cira Romero, Ediciones La Memoria, La Habana, 2008. El ensayo de Portuondo sobre Novás, “Lino Novás Calvo y el cuento hispanoamericano” (*Cuadernos americanos*, México, septiembre-octubre, 1947), fue excluido de todas las recopilaciones de ensayos de Portuondo que se publicaron en Cuba, hasta que la propia Cira Romero lo recogió hace algunos años en José Antonio Portuondo, *Ensayos sobre literatura cubana*, Letras Cubanias, 2011.

que el enmascarado Ávila no era el doctor Portuondo. En cuanto a Pavón, habría que contrastar el estilo de estos artículos, cuyo autor no es, por cierto, ningún improvisado, con aquellos firmados con su nombre, cosa que no he hecho, de manera que no tengo opinión firme al respecto.

En todo caso, la identidad del seudónimo no es tan importante como su sentido. Para 1968, cuando apareció su firma en las páginas de *Verde Olivo*, el uso de seudónimos no era muy común en Cuba. En *Revolución* hubo algunos, y en la propia revista de las FAR, en 1959, Ernesto Guevara publicó artículos con el seudónimo de “El francotirador”, pero esa práctica había ido cayendo en desuso a lo largo de la década. ¿Por qué *Verde Olivo* la resucitó entonces? No se trata, desde luego, de la necesidad de escamotearse para evitar riesgos, como según Cabrera Infante le ocurrió a él durante la dictadura de Batista.⁷ Leopoldo Ávila es el poder mismo; y es por eso que nadie replicó a sus vitriólicos ataques en ninguna de las revistas del país. Si el origen de “Caín” estaba relacionado con la censura (un cuento de Cabrera Infante que contenía malas palabras), este otro seudónimo que es Leopoldo Ávila representa algo muy distinto: eso, inseparable de la adopción oficial del marxismo-leninismo, que se dio en llamar “política cultural”. La censura tradicional, localizada en la figura más o menos institucionalizada del censor, es propiamente conservadora (una defensa de la moral y las buenas costumbres, de la tradición en última instancia); en *Verde Olivo* lo que predomi-

⁷ “Lo que este libro debe al censor”, en *Tres Tristes Tigres*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1990.

na es, en cambio, el mandato de “desenvolvimiento revolucionario” que decía Stalin. El señalamiento de que “Ni siquiera una ráfaga del mundo nuevo entra en el mundo viejo de Piñera” resume las objeciones de Leopoldo Ávila a la obra de teatro de Piñera.

Ávila no quiere ser un autor entre otros, no quiere ni siquiera representar a las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Como el Lenin de “Sobre el significado del materialismo militante” (1922) (“surgen a cada paso las escuelas y las escuelitas, las tendencias y subtendencias filosóficas reaccionarias”), a los cenáculos, los grupos, las corrientes y las modas “extravagantes” contrapone no otra escuela ni otra tendencia, sino el pueblo mismo. “En realidad no hemos dicho nada nuevo: lo que escribimos, desde hace rato lo dice el pueblo cada vez que abre una obra del tipo de las que hemos combatido”, afirma en “El pueblo es el forjador, defensor y sostén de la cultura”. En este artículo, el único que fue reproducido en otras revistas y periódicos del país, ya no se dicen nombres: es el pueblo, anónimo, contra su acechante enemigo, que dentro de poco será bautizado como “diversionismo ideológico”.

No estamos ya, evidentemente, en el espacio “burgués” de confrontación de argumentos entre sujetos. Es siempre un individuo (Cabrera Infante, Padilla, Arrufat, etc.) contra una voz colectiva. Habla el pueblo. ¿Y cómo no coincidir con Él? ¿cómo intentar refutarlo? Leopoldo Ávila resulta, desde este ángulo, otro síntoma de esa tendencia a borrar la autoría que caracterizó al dogmatismo de aquellos años; recordemos, por ejemplo, las notas de contraportada de las ediciones cubanas de libros extranjeros, donde

la consabida lectura marxista de la literatura moderna aparecía no como ya una interpretación, sino como un dato, una evidencia cuya objetividad trascendía toda posición subjetiva. O las palabras y pasajes en negrita a lo largo de los tres tomos de la *Selección de textos* de Marx, Engels y Lenin (Editorial de Ciencias Sociales, 1973), cuyo señalamiento no aparece atribuido a nadie, pues la “Nota introductoria” de ese libro aparece firmada por la “Dirección Política de las FAR”. Todo aquello era la Verdad, no la opinión de ningún autor.

Se conocen bastante los primeros artículos de Leopoldo Ávila: la reseña de *Dos viejos pánicos*, que hace diez años reproduce en la última entrega del Archivo de la Revolución en *La Habana Elegante*, y los artículos recogidos en el mencionado libro de Lourdes Casal. Ahora rescatamos otros que han permanecido olvidados: uno anterior, la reseña de *Condenados de Condado*, que hasta donde sabemos es el primer escrito firmado por Leopoldo Ávila, y otros posteriores, que muestran la otra cara del temible reseñista, la alternativa que él contraponía a “contrarrevolucionarios, extravagantes y reblandecidos”. Y no nos extraña que su ideal literario fuera Pablo de la Torriente Brau, pues la revolución del 59, que se vio a sí misma, en la conocida expresión de Raúl Roa, como un “retorno a la alborada”, siempre buscó en la generación del treinta fundamentos, precursores y modelos.

Pero así como no nos sorprende, no dejamos de advertir la paradoja, porque si aquellos héroes de la lucha contra Machado, por pesados que nos puedan parecer después de años de adoctrinamiento en libros de texto y matutinos escolares, son figuras románticas,

legendarias, Ávila representa todo lo contrario: el comunismo sin el heroísmo de Mella, de Villena, de Pablo de la Torriente, sin gracia y sin estilo. Si la época de “preconquista”⁸ –para decirlo con palabras de Arenas– produjo aquellas vidas ejemplares, que encarnaron una cierta forma de santidad laica en un siglo de profunda crisis de la fe religiosa, el comunismo en el poder, ese que “despliega su medioevo”, lo representa mejor que nadie Leopoldo Ávila: la doctrina sin cuerpo y sin rostro. Si Guevara, ese otro célebre colaborador de *Verde Olivo* que además de fundar la revista publicó allí sus *Pasajes de la guerra revolucionaria*, encarna aún el “fuego de la semilla en el surco”, Ávila, el oscuro encargado de la sección “Libros y autores”, anuncia la puesta del sol revolucionario: la Cuba gris de los años setenta.

DUANEL DÍAZ INFANTE

⁸ “El comunismo ha empezado por donde la iglesia termina. En un principio, no teniendo el poder, desarrolla una “sutil, delicada y amplia” labor humanista. Es la época de la “preconquista”. Época en que se ensalzan las grandes ideas e incluso las grandes obras de arte, época de “holgura filosófica” y comprensión hacia los débiles, o los pobres, o los condenados de la tierra. ¡Ah, cómo se respeta entonces al héroe víctima del enemigo; cómo se respetan (se justifican, incluso) las debilidades, los defectos, de los futuros prosélitos -los futuros esclavos que por esos mismos defectos que los instigaron a la rebeldía y a la lucha serán luego los más terriblemente sometidos, puz entonces entraran a la categoría de traidores!- Una vez en el poder, el comunismo tiende a ser menos tolerante que cualquier sistema anterior”. (“Hágase también usted un hombre nuevo” (escrito firmado en 1969), en *Necesidad de libertad*, Universal, Miami, 2001, p.178)

LOS *CONDENADOS DE CONDADO*

(22 DE SEPTIEMBRE DE 1968)

Norberto Fuentes logra en “Los Condenados de Condado” un libro bien estructurado, cuya unidad temática constituye una de sus mejores cualidades. Limitado al mundo violento de la lucha contra bandas contrarrevolucionarias en el Escambray, cada relato forma parte inseparable del libro, al extremo que en ocasiones, unos cuentos se continúan en otros y algunos personajes mantienen su presencia a lo largo de todo el libro.

No se trata realmente de un libro de cuentos, sino un libro donde hay cuentos junto a relatos más breves que admiten todavía, venciendo la cristalización inevitable de la letra de molde, un ulterior desarrollo; viñetas y hasta apuntes –algunos muy bellos– de posibles reportajes que no llegaron a serlo.

Este primer libro de N. F. tiene una virtud esencial, poco frecuente aun en nuestra narrativa: la incorporación a la literatura de asuntos y personajes posteriores al triunfo de la Revolución. El escritor se impuso esa tarea a sí mismo, quiso dar una vida que ha visto vivir, uno hombres y unos muertos “que ha tocado”,

no como el historiador o el autor de una novela, sin ficción, sino como creador, él mismo, de una realidad “que sólo se compromete con su imaginación” pero que tiene su raíz sustentadora en episodios bien recientes de nuestra historia combativa.

La tarea era difícil. Y en los veinte y cinco relatos de Norberto el triunfo se logra a ratos, en narraciones poderosas que hacen más tristes las frecuentes caídas. “Bebesón” y “La llorona”, por ejemplo, son dos excelentes cuentos que junto a algunas otras historias del libro son acreedoras de justo aplauso para este joven escritor.

Pero otros relatos son menos afortunados. Hay en muchos de ellos un tratamiento superficial de los personajes que los hace esquemáticos. N. F. ha querido, tal vez, huir del esquema y dar una visión crítica de una realidad revolucionaria. No lo ha logrado, sino en contadas narraciones, porque le faltó un estudio más hondo, penetrar más hacia el corazón de esos hombres y esos muertos “que ha tocado”. No era tocarlos solamente lo que hacía falta, era entenderlos. Y esto no podía lograrse, ni con esquemas, ni con anti-esquemas, sino con una actitud más serena, desprejuiciada, objetiva y entusiasta.

Es un libro sobre una campaña heroica que costó mucha sangre joven y corajuda. Sin embargo, no hay héroes y si los hay, pasan a través de esas páginas fugazmente, sin pena ni gloria, sin la hondura de la problemática que en cada uno de esos hombres hubiera podido encontrar mirando más atentamente, penetrando más en la realidad vivida. Esta es la principal debilidad del libro. Por momentos, los personajes, no

dotados de autenticidad, se traicionan a sí mismos y se convierten en su propia caricatura. El Secretario del Partido es una caricatura, como lo es, muchas veces, el Comandante Bunder Pacheco, como es caricaturesco e injusto el juicio revolucionario que constituye uno de los relatos.

Pocos momentos tan infortunados como cuando, en “El capitán descalzo” que pudo ser magnífico cuento, NF hace que el Comandante ofrezca al Capitán “casa y automóvil en La Habana”. Esa forma de presentar a un oficial de las FAR –y, sobre todo, a un oficial de LCB– es, por lo menos injusta. Sin embargo, el autor, unas páginas después, le hace repetir a otro personaje una argumentación semejante y casi con idénticas palabras. Es ahora el Capitán que en “La Yegua”, ante la obstinación del homosexual, exclama: “Por estas tres barras yo tengo un Buick grande, una pistola de veinte tiros, casa en el Nuevo Vedado, mujer rubia que nunca huele a potrero”, frase con lamentables resonancias de novela radial, donde nadie reconocería a un combatiente de LCB. Esos hombres merecen, a nuestro juicio, un tratamiento más serio, más veraz y no que un joven escritor les dispare, a mansalva, esa descarga ofensiva.

Después de leído el libro, uno quisiera saber más. NF no nos dice por qué luchan estas gentes, qué motiva esa guerra que envuelve a sus personajes, por qué se exponen a la muerte y mueren. Sería interesante saber qué sentimientos o razones guían a estos hombres al combate, algo más que esa “sed de sangre” de unos cazadores casi siempre desalmados y siempre increíbles.

En ocasiones, el libro alcanza aciertos encomiables, como en “Los Condenados” o en el breve apunte, “Envío”, dotados ambos de gracia y dramatismo. Pero los otros cuentos pesan demasiado sobre la calidad del libro para que se pueda excusar éstos por aquéllos.

La siempre riesgosa labor de llevar a la literatura hechos tan recientes no ha tenido todo el éxito deseable en este libro de Norberto Fuentes. El tema –ancho y rico como pocos de nuestra historia revolucionaria– queda ahí, esperando un tratamiento más atento y mejor oficio, retando a otros escritores y al propio Norberto Fuentes, que tiene juventud e imaginación suficientes para nuevas y mejores obras. Desde ese punto de vista el libro es útil: además de descubrir a un escritor, llama la atención sobre un tema que, por las limitaciones del propio libro, permanece virtualmente intacto.

DOS VIEJOS PÁNICOS

(28 DE OCTUBRE DE 1968)

Hace casi diez años, cuando Virgilio Piñera publicó su “Teatro completo”, hizo curiosas reflexiones en torno a “Electra Garrigó”. Según él, la obra anticipaba a Ionesco: el empleo del teatro absurdo –que así inició entre nosotros su ya larga y no siempre afortunada historia– no le venía de la imitación de modelos consagrados en el extranjero, sino como lógico fruto de la sociedad cubana, que era, para esa fecha, realmente absurda. De aquella sociedad Virgilio se defendía con el absurdo, con el tirar a broma y ridiculizar lo existente. Y añadía: “No cabe duda de que si al nuevo escritor surgido de la Revolución se le ocurriera revivir una vez más la tragedia de Sófocles, lo haría muy diferentemente a cómo yo lo hice, como que partiría de una afirmación, en tanto que yo partí, tuve que partir, de una negación”. Y en otro punto: “Esta hazaña (la Revolución) se cumplió en el 59. En cambio yo escribí *Electra* en el 41. En dicho año estábamos bien metidos en la frustración, nada anunciable la gesta revolucionaria.”

Sin embargo, diez años después, cuando la sociedad cubana no es la absurda donde Virgilio inició su obra,

sino la sociedad revolucionaria donde las publica, el dramaturgo sigue usando parecidos recursos, los mismos resortes de antes, sigue tan metido en la frustración como en la época de su primer estreno. Es como si el tiempo no hubiera pasado; este tiempo tan cargado de acontecimientos, de combates, de esfuerzo y heroísmo que son diez años de Revolución. “Dos viejos pánicos” es una obra cerrada, sin esperanzas, asfixiante. Si se tratara de un simple ejercicio para artistas, no habría nada que objetar. Pero pretende algo más que eso y ahí, en sus pretensiones, es donde falla. Tabo y Tota, cercanos a los sesenta años, sienten que sus vidas desembocan irremediablemente en la vejez y en la muerte. El horror les sacude y se aferran a una existencia que no es mejor que la muerte. El miedo mueve sus actos, sus palabras; miedo a la muerte, miedo a la vida, miedo al miedo, miedo a un mundo donde los hombres se dividen en “los que meten miedo” y “los que tienen miedo” y tanto unos como otros, sienten igual temor. Miedo a una sociedad donde la policía acecha, donde se presentan planillas sin sentido, cuyas respuestas se conocen de antemano.

Tabo se entretiene recortando –matando– las caras de la gente joven que aparecen en las revistas, Tota prefiere el juego macabro de hacerse la muerta –“los muertos no temen a las consecuencias”–y ofender a Tabo o mostrarle el espejo. Los personajes no se salvan de ese miedo que los rodea: “Tota: –Vamos, cretino. Vuelve a tu materia. Ahora estamos vivos, ahora hay que vivir, tomar la píldora, dormir, despertar, y tener miedo y jugar y volver a dormir y volver a despertar...

Tablo: – (Hace un gesto de repugnancia). Tener que despertar y tener que vivir con este miedo y tener que jugar para no tenerlo y cuando juegas lo mismo tienes miedo y no entiendes nada de lo que te pasa y sólo sabes que el miedo está aquí (Se toca la cabeza) o aquí (Se toca el estómago)…”

Si uno se pregunta de dónde sale tanto miedo y trata de explicarse esta obra, teniendo en cuenta el medio social revolucionario en que se produce, no va a encontrar respuesta posible. Nada más lejos de la Revolución que esa atmósfera, sin salida posible, en que Virgilio Piñera ha volcado sus pánicos. La nueva sociedad no ha influido en la obra, no ha sido, por lo menos, entendida por un autor que se aferra a viejas frustraciones que carecen de razón. Ni siquiera una ráfaga del mundo nuevo entra en el viejo mundo de Piñera. Su frustración se amarra de tal manera a sí misma que la obra resulta extemporánea, totalmente ajena a nosotros, extraña a esa manera de hacer cubanos que Piñera ha defendido alguna vez como características de su teatro. Desde este punto de vista, parte hoy, como ayer, de una negación. Es curioso que Piñera, para quien se reclama el honor de haber hecho teatro absurdo antes que Ionesco, ahora repita lo que no es más que el reflejo artístico de una sociedad decadente en medio de nuestra sociedad. Por este camino sólo lograremos en arte el nivel de copiadores asombrados del último grito europeo y ofrecer el contradictorio espectáculo de una Nación en posiciones de vanguardia y un arte a la cola imitadora del arte del decadente capitalismo mundial.

ÍNDICE

- A modo de introducción / 5
- Los *Condenados de Condado* / 15
- Dos viejos pánicos* / 19
- Las respuestas de Caín / 23
- Las provocaciones de Padilla / 31
- Antón se va a la guerra / 41
- Sobre algunas corrientes de la crítica y la literatura en Cuba / 47
- El pueblo es el forjador, defensor y sostén de la cultura / 61
- Libros y autores: *El sueño eterno* / 67
- Libros y autores: *Los años duros* / 71
- Libros y autores: *El soldado desconocido* / 75
- Libros y autores: *Cuentos fantásticos* / 81
- Libros y autores: *Retrato de un hombre* / 87
- Libros y autores: *La revolución del treinta se fue a bolina* / 93
- Libros y autores: *Matar el tiempo y Escrito en las puertas* / 97